

JOAQUIN ARTURO DE LA TORRE GUERRA

IN MEMORIAM

LUIS TORREGROSA*

"La muerte produce algo irreparable: el fin de un ser único, especial, induplicable e insustituible".

Joaquín de la Torre: *Anticipación de un burgués a la muerte.*

Introito

Un día tal como el 23 de enero del año en curso la muerte sorprende, de manera intempestiva —como él lo deseaba— a un hombre de quien no resulta fácil abocetar su semblanza, a pesar de haber convivido con él durante un lapso que engloba poco más de seis lustros. Recluido en el Hospital de Traumatología del Instituto Mexicano del Seguro Social por una fractura del cuello del fémur sufrida poco antes, en vísperas casi de abandonar su pretendida cárcel, una complicación embólica corta de cuajo su existencia todavía fértil. Nacido en la capital del país el 11 de noviembre de 1915, hijo del ingeniero Arturo de la Torre, chiapaneco de origen, y de Dolores Guerra, absorbe con fruición y desde temprana edad el conocimiento. Hombre de vasta cultura, si bien dedica sus más horas al estudio de la medicina —a la cual se inclina por indiscutible vocación—, nunca se aparta de múltiples ramas del saber, con el afán decidido y constante de ser *mejor día a día*, al estilo de José Ortega y Gasset. "Buscar incansablemente, hasta la saciedad, y hallarse en el encuentro de lo ignorado", como si desease abarcar la plenitud de la

conjunción dual materia-espíritu del ser.

Pensador innato, desde estudiante destaca. Obtiene el título de médico en la Universidad Nacional Autónoma de México el 11 de abril de 1940. De inmediato pretende mayores alturas, y en el concurso patrocinado en 1942 por la Sociedad Mexicana de Pediatría obtiene la beca sustentada por la Fundación Kellogg para estudios en el extranjero. Acude en postgrado a los Estados Unidos de Norteamérica, y para 1943-1945 registra su especialización en la rama médica destinada al estudio de los niños. Desde entonces multiplica su tiempo: regresa a nuestro país y sorprende en cuanto campo otea.

Médico especialista: pediatra

Una vez obtenida la experiencia necesaria en la atención de los enfermos menores, aplica la técnica médica y actúa eficientemente en el Hospital Infantil de México: desde médico externo recorre el largo camino que lo transforma en jefe de la Oficina de Ediciones Médicas del propio nosocomio, investigador y jefe del servicio de lactantes, jefe de los servicios de medicina, integrante del Comité Editorial del *Boletín Médico* de tal lugar y, en fin, subdirector del plantel hospitalario. Toda una vida dedicada a la pediatría, donde además plasma su esencia mediante la doctrina que im-

Ofrecido el 8 de octubre de 1980.

* Académico numerario. Subdirector General Médico del Instituto Mexicano del Seguro Social.

parte en la cátedra, porque manifiesta una atracción especial por la docencia. Tal es así; que desde ayudante de la Clínica de Pediatría en la UNAM a partir de 1940, mismo año de su recepción, avanza por los vericuetos de la enseñanza y cumple como instructor en pediatría en la Universidad de Cornell en 1944; luego, la Escuela de Graduados de la UNAM lo acoge, y en ella incubaba actualizaciones, orientaciones, adiestramientos, y varios cursos monográficos sobre patología del recién nacido y del lactante.

En tanto acredita su caudal cognoscitivo, las agrupaciones mexicanas y extranjeras de la especialidad lo reciben con los brazos abiertos: la Asociación Nacional, la Academia Mexicana, la Sociedad Mexicana —todas de Pediatría— le otorgan crédito; también así, la Asociación de Médicos del Hospital Infantil de México. Funge como miembro fundador de la Asociación de Investigación Pediátrica, y es *fellow* de la American Academy of Pediatrics. Además, pertenece a la International Fellow Kellogg Foundation y a la Alumni Association of the Children's Hospital of Philadelphia.

Dentro de tanta agrupación especializada, no puede dejar correr el tiempo sin recibir galardones honrosos. Aunque es enemigo de honores, cabe recalcar —junto a otras distinciones con que se ve premiado— el recibimiento de un diploma de honor que la Sociedad Mexicana de Pediatría le otorga en 1960 por la labor más relevante en el terreno de su especialidad, y el premio Nestlé en este mismo año, conferido por la Asociación Nacional de Pediatría al mejor trabajo científico presentado en tales doce meses en el seno de la antes citada Sociedad.

En 1970 la Asociación de Médicos del Hospital Infantil de México le otorga, por sus merecimientos pediátricos, el galardón más importante dentro de la pediatría mexicana: la medalla "Federico Gómez".

En un momento dado, y sin que esta aseveración constituya una ofensa para quienes han practicado su medicina dentro del sector pediátrico, vale apuntar que tal vez fue el pediatra de ciencia mayor, de cultura más amplia, de rigor más alto. En su pediatría había siempre el dejo integral de la sapiencia aunado a un humanismo serio, sensato, cabal. Asesor inmejorable, quizá no puede concretar una acción dentro del engranaje de cierto órgano institucional, pero afianza, mide, atisba virtudes y defectos, lucubra y medita ante cualquier preocupación o problema para los cuales aporta soluciones manejables.

Académico

La Academia Nacional de Medicina lo conoce antes de su ingreso a ella, cuando en 1959 le hace

entrega del Premio Carnot, merecido gracias a su trabajo *El niño prematuro*. El 10 de marzo de 1965 es propuesto para ocupar una de las vacantes existentes en la sección de pediatría. Ocupa el sitio en la ceremonia de recepción del miércoles 16 de junio inmediato, y el 10. de diciembre del mismo año da lectura a su trabajo de ingreso *Efectos de la privación materna en el lactante enfermo hospitalizado*, donde hace gala de fluidez en el lenguaje, erudición científica y un sentido socio-humano que mucho lo enaltece.

Para Joaquín de la Torre la medicina debe ser académica. Así la practica: bajo un sesgo de conocimiento razonado, pesado en su más mínimo detalle, pero imbuido de una sensibilidad tan delicada, que por su misma delicadeza desaparece ante los ojos de los demás. En la lectura que le concede acceso efectivo a la máxima asociación médica de México, estudia con acuciosidad la ruptura de las relaciones madre-hijo que sitúan a este en condiciones de inferioridad, arrastrándolo, dentro del medio hostil o indiferente que lo entorna a variantes tácticas en su personalidad. Retracción, aislamiento, actitud pasiva y mucho más, por el aparente simple hecho de la falta de contacto comunicante amoroso, de no haber sido —tan simple como sencillo al parecer— tomado en brazos por nadie. "Es esencial para el lactante", dice Bowlby al respecto, "una cariñosa, íntima y continua relación con la madre, en la cual ambos encuentren satisfacción y alegría". La privación del afecto en los inicios de la vida tritura las fibras sensibles del pequeño y al parecer, muchos —sino es que todos— de nuestros hospitales despersonalizan al bebé. Solitario, desconcertado y ansioso, el niño se proyecta con incomodidad negativa.

Si bien hemos querido recordar los conceptos básicos del trabajo de ingreso a la Academia de quien hoy honramos, no sería conveniente olvidar —mínimo señalamiento de entre otras más—, las páginas que él nos legara en la GACETA MEDICA DE MEXICO, órgano oficial de nuestro organismo, bajo los rubros *El desarrollo de la inteligencia*, mayo de 1969; *Sociedad y pediatría institucional*, abril de 1972; y *El escrito médico y la crisis en la comunicación científica*, abril de 1976.

En el primero de los que considero tres ensayos, la idea central gira alrededor de la aplicación de la mente humana al conocimiento de sí misma y a la búsqueda del cómo y del por qué de su existencia, de tal suerte que el desarrollo intelectual es apreciado no sólo como materia abstracta, sino como realidad clínica, y la conclusión lacerante advierte que "el hombre requiere el discernimiento mejor de lo que es intelecto y mente, para intentar la ampliación de las dimensiones del existir y el

logro de un nuevo humanismo”.

El segundo de los ensayos, admitido como conferencia magistral, resulta amargo y crudo, pero verídico. En el marco donde él vive, el Hospital Infantil de México, va trazando el distanciamiento o la lejanía, a veces ausencia de comunicación que una sociedad mercantilista de las hoy llamadas de consumo crea entre el niño afectado y el grupo tratante. La influencia social, la comunidad, el hospital y el ejercicio pediátrico institucional son analizados con todo género de detalles. El divorcio entre la medicina y las ciencias sociales escuece. La tendencia organicista de la profesión, y el desinterés hacia la valoración íntegra del enfermo y de su ambiente, conducen sin remedio al desapego hacia las condiciones humanas y la conversión del pequeño en un paciente-objeto. Las implicaciones múltiples aterradoras enajenan al sopesar un desequilibrio intransigente entre la persecución de valores humanísticos, la formación de la personalidad y la realidad.

Al abocarse a la tarea del último de los ensayos nombrados, nuestro hombre canaliza la crisis de la comunicación científica hacia los defectos de la información, abrumadora pero ignorada, capaz de abarrotar cientos de computadoras. “La computadora —dice él— ha mejorado la información; toca al hombre alcanzar la verdad”. Producto del progreso del hombre, tal crisis adviene, paradójicamente para la especie humana, como un mal deseable.

Por supuesto, Joaquín de la Torre aborda innúmeras facetas de la compleja patología infantil. Baste mencionarlo, para afianzar en la mente de quienes no lo conocieron, la idea primordial acerca de su nítido academismo.

Artista del pensamiento y de la palabra

Un hombre que se precie de serlo no puede desconocer el arte. El lo conocía y lo practicaba. Gran lector, enamorado de los buenos libros, amaba el escribir. Aprendió a hacerlo. Con paciencia y fruición. Primero, hasta sentirse un relator de la medicina pediátrica nuestra. Después, hasta invadir las circunscripciones de la literatura en variados géneros. Porque lo mismo produjo varios textos técnicos dentro de la especialidad por sí practicada —los fundamentales: *Enfermedades del recién nacido*, *Guía para el diagnóstico diferencial por la exploración física en pediatría* y el más cotizado, en su sexta edición hoy en día, *Pediatría accesible*—, cuanto incursionó en el terreno del perfeccionamiento del lenguaje médico castizo con su aportación *El escrito médico en lengua española. Su redacción y elaboración*; o cultivó el cuento, la novela-ensayo, si así pudiera registrarse, su impresionante *Anticipa-*

ción de un burgués a la muerte, y la poesía en el florilegio miniatura que intituló *Voces íntimas*.

Muchos de sus colegas y hasta de sus compañeros de trabajo desconocen el esfuerzo literario realizado por él. Unas cuantas líneas bastarán para ilustrarlos. La *Anticipación de un burgués a la muerte* plasma la zozobra de los últimos meses del régimen del presidente Luis Echeverría, la “demagogia galopante” según la llamara por propia voz. Libro valiente, audaz, autobiográfico sin duda alguna, cortante, abierto a la verdad —a esa “su verdad” que no agradaba a tantos y que le causó enemistades o incomprendiones— y por ende a la crítica mordaz de quienes en sus redes se miran envueltos, termina por ser un análisis de nuestro medio corrupto, deleznable, angustioso y angustiante para las mayorías y más para la clase media, atrapada entre los polos de la sociedad. Al consolidarse como testimonio de nuestro tiempo, de la vergüenza que debiera invadirnos por no enfrentarnos a la realidad, traza una inconformidad rebelde, protesta contra la medición actual —injusta por demás— de los valores. Hedonista de cepa pura, Joaquín de la Torre convence aquí como observador de la crisis de hombres y circunstancias, como escéptico e inadaptable, como inquieto pensador que revuelve combinaciones infinitas y no alcanza a descifrar alguna. Si bien luce terco dentro de su pensamiento, estrecho quizá, trasluce el sentido de que sabe lo que quiere y cuanto quiere. Lacerante, no se sabe vencido dentro de su mundo interior, sino sustituido por la falsedad.

Díganlo si no sus expresiones: “la manipulación, el encajonamiento del hombre, restándole libertad... una propaganda de demolición, no de explicación, jamás de comprensión... continuaremos siendo masa silenciosa: nos movemos en una sociedad ambigua... tememos a la justicia, no por ella misma, sino por quienes la aplican... dada la naturaleza del hombre, no existe camino que respete su integridad espiritual... la transformación de un idealista en un cínico es exclusivamente factor del instinto de conservación”. Corte difícil el de este libro, donde el resultado final vira hacia un molesto sinsabor, provocado por las miserias caóticas del ambiente que nos circunda.

Increíble. Junto a este vaciamiento de su desesperanza, y aunque en sus versos prive también la introspección, de deambular por su intrínseca soledad, aflora en ellos la luz, el toque suave y aterciopelado de la palabra amable, el cántico a la naturaleza. No en balde Alejandro Finisterre edita *Voces íntimas*. “Lanzar al infinito el corazón / dejando que vuelen las palabras...”: así comienza, “Hacerse oír por un instante / entre el estrépito inútil de los hombres”, para más tarde, desespe-

rado ante la incompreensión de quienes lo rodean, "gritar / hasta tener el corazón y los labios / secos, / y sólo oír, / como el eco de una roca que cae, / la voz que retumba / en las soledades del cerebro". Gran solitario debe haber sido. Feroz autocrítico. Aislado en su íntima esencia: "Solo, / sin saber qué buscaba. / Solo, / con el mundo ante mí. / Solo en las sombras, rodeado de luz". Y de pronto, la vida viva, aleteante, como bálsamo insustituible: "La ciudad y el río. / La nieve. La lluvia". Para al término, confundirse en un desgarró: "En las tinieblas de los corredores el eco repetía mis pasos. / Vidas cruzadas con la mía, por un momento, / que quise hacer eternidad".

Todavía más. En el rumbo médico, el trazo interrumpido de un libro pediátrico que el Hospital Infantil de México prepara, ahora bajo la dirección del doctor Enrique Dulanto, libro que tomará a su debido tiempo el título de *Texto básico de pediatría*, y en el rincón de casa —ojalá no olvidado— unos poemas sueltos, y diez a doce cuentos que ilusionaba reunir en un pequeño tomo. Lejos, una Misa escrita, al parecer perdida, entregada al violinista Manuel Enríquez, director actual del Centro Nacional "Carlos Chávez", para adecuarle música en bella partitura.

Hombre

Completar la imagen hasta aquí esbozada es adentrarse en ciertas intimidades de su existir. Hemos hablado ya de su misticismo —su decidida religiosidad— y de su soledad, su yo introspectivo. Pero no hemos señalado que, no obstante ser un hombre siempre dispuesto a escuchar, en su angustia o en su amargura traslucía un dejo de rareza, de desajuste en sus interrelaciones humanas —"hombre difícil", lo llamaría yo en una expresión más sencilla— aunque tal dejo no le impidiese denotar su nobleza de alma. Costra dura, corazón amable. Profundo y retraído, a veces im-

pulsivo, de él muchos se expresaron con injusticia: creo que había que tratarlo más a fondo para apreciarlo. Fue, por ello, amigo de pocos, más en el trabajo encontró la fuga amena, el consuelo reverendo: puntual, empeñoso, exacto en su labor, volcó su vida en productiva faena.

Jugaba al ajedrez "tal vez para no hablar en tanto cavilaba en su mundo". Melómano empedernido, lo era más de la música de cámara, sobria y áspera, intrincada podríamos llamarla quizá desde un punto de vista profesional. En sus horas álgidas compenetrábase de las variaciones melódicas expresadas por el violoncelo de Casals. Era, también, viajero itinerante, amén de gastrónomo excelente. Y un gran enamorado de las flores de su jardín. Seguramente en la naturaleza y en el arte hallaba para sí dos estímulos insuperables.

En su sentir humanista, a pesar de portar etiqueta de individualidad la más extrema —esa *élite* burguesa de la cual nunca quiso claudicar—, concibió la injusticia social: atormentado por la pobreza de los niños, dolíase de su incapacidad y la del medio crítico en que vivimos para poderla remediar.

Más quisiera decir para no omitir algo trascendente. Pero, "es el final del día / y estoy tan cansado / que me duele todo el cuerpo / y sólo aspiro a la tregua del sueño". Lo dijo él: "Escribir —y escribir en este caso para mostrar los resquicios de un amigo— es asomarse a un espejo que sólo deja vislumbrar algunos rasgos. Es adelantarse, otear, alzándose en la punta de los pies, dirigiendo la mirada hacia donde cielo y tierra se unen. Volver la vista atrás para saber si no se nos dio ya la palabra secreta, clave que no supimos descifrar". Porque, "escribir para asir nuestra verdad, es como tratar de aprisionar el viento cerrando el puño".

ROGELIO HERNANDEZ VALENZUELA

IN MEMORIAM

SILVESTRE FRENK*

Meses aciagos han sido estos últimos para la pediatría mundial. Casi parece como si el día 10 de octubre de 1979, al partir Guido Fanconi, el insigne profesor de pediatría de Zürich, hubiese dado la señal para tener con quien alternar en las apartadas moradas del Elíseo. Y si en esto hubiese algo de cierto, bien que habría escogido a sus compañeros de viaje.

El primero en seguirle, entre los tres académicos pediatras cuya reciente muerte lloramos, ha sido don Rogelio Hernández Valenzuela. Nosotros perdemos en don Rogelio, a una de esas figuras singulares, que no muy a menudo surgen a la luz pública y que plasman su bienhechor paso por la vida en hondo e indeleble surco.

Nace don Rogelio Hernández Valenzuela el 5 de agosto de 1908 en la ciudad de Toluca, y parte en forma súbita e inesperada, el 5 de noviembre de 1979, a la edad de 71 años. Huérfano desde temprana edad, manifiesta desde entonces la poderosa vitalidad y la extraordinaria fuerza de voluntad y de trabajo que habríamos de conocerle todos: familiares, discípulos, alumnos, pacientes. Termina sus estudios primarios en Toluca, cursa los preparatorios en el plantel de San Ildefonso y los profesionales en nuestra Escuela Nacional de Medicina, la de la plaza de Santo Domingo. Sustenta su examen profesional el día que cumple 23 años y recibe su título de médico cirujano el 5 de agosto de 1931. Pero desde mucho antes, había comenzado a vivir el ejercicio médico, cuando entró de ayudante a una farmacia que en las calles

de Santa María la Redonda poseía su hermano mayor.

Fácil debe haber sido para un alma tan noble y generosa, sublimar los rescoldos de la orfandad, dedicando como hombre sus afectos y afanes precisamente a los niños. No ha de extrañarnos pues que pronto se incorporara a la cátedra de pediatría de Jorge Muñoz Turnbull. En 1933 contrae matrimonio con la señorita María de la Luz González y con ella procrea a sus magníficos hijos. En su hogar hallaría siempre don Rogelio ambiente grato, propicio a la germinación y crecimiento de las ideas. Y cuando le sonrió la gloria, sus fulgores rodearon como una sola aureola dos frentes gemelas, como hubiera dicho Cajal.

Estudiante tenaz, concentrado en este como lo haría en los demás cometidos de su vida, madura como pediatra y obtiene por oposición, en 1938, la jefatura del pabellón 28-bis del Hospital General de México, donde entonces se atendían los niños que sufrían enfermedades infecciosas. Al abrir sus puertas el Hospital Infantil de México, es llamado a colaborar y brinda enseñanza y asistencia médica en esa noble institución de 1943 a 1947. De 1945 a 1956 colabora también en el Centro Materno Infantil "Maximino Avila Camacho" y al inaugurarse, en el año de 1953, el entonces llamado Hospital de "La Raza" del Instituto Mexicano del Seguro Social, lo toma como asiento definitivo de sus afanes médicos y docentes. La gran mayoría de sus discípulos provienen de esta época de su vida.

Porque a la enseñanza se dedicó con pasión. En 1936, es nombrado profesor titular de pediatría por oposición de la actual Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional y en

Ofrecido el 14 de mayo de 1980.

* Académico titular.

1937, de la ahora Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Medicina, y dicta la cátedra durante 35 años. Ante la falta de buenos libros de texto mexicanos, que abarquen todo lo que tiene que conocer el médico que atiende a niños, saca a la luz, en 1951, su *Manual de Pediatría*, que hoy ya un clásico, acaba de aparecer en su edición décima. Obra que en sus 28 años de vida ha venido siendo sometida a constante renovación y que en la actualidad es el texto de pediatría por antonomasia, no sólo para México sino en gran parte de Iberoamérica.

Testimonio fiel de que impartir enseñanza incuba la necesidad vital de buscar el conocimiento en forma activa, emprende también la investigación y logra importantes contribuciones en el conocimiento del niño enfermo. En nuestro medio fue el primero en demostrar la hipoacididad gástrica propia del desnutrido grave, y en entrever que quizás la misma contribuya en forma importante a su mayor susceptibilidad a infecciones y parasitosis. Fue también pionero en la aplicación diagnóstica de los radioisótopos, y el primero que en México habló del nefrograma. Incursiona también, de manera muy creativa, en la historia de la medicina.

Ingresa a la Academia Nacional de Medicina el 27 de junio de 1956 y el 12 de septiembre del mismo año, presenta su trabajo de ingreso, intitulado *Las diarreas agudas en el niño*. Este trabajo, cuyo comentario oficial corrió al cargo del maestro Federico Gómez Santos, contiene los resultados de 715 coprocultivos, y ha servido desde entonces como referencia clásica en materia de gastroenteritis infecciosa.

Ingresa a la Sociedad Mexicana de Pediatría en el año 1943 y es su presidente en el período de 1953-1954. Pero además, dirige la Revista Mexicana de Pediatría, de 1951 a 1963, razón seguramente poderosa de que tan importante publicación haya sobrevivido hasta nuestros días. La edita de manera eficiente, pero no se limita a ello. En

uno de tantos momentos críticos, no por falta de material científico que publicar, sino de orden pecuniario, llega a la hombrada de hipotecar su propia casa y con los fondos así obtenidos, organiza rifas de automóviles y actividades similares, para con sus productos volver a poner a flote a la Revista.

Con otros prohombres de la pediatría mexicana, funda en 1952 la Academia Mexicana de Pediatría, y en 1956, la Sociedad de Pediatría del Instituto Mexicano del Seguro Social. Es nombrado socio honorario de tantas otras agrupaciones, que su enumeración resultaría prolija. Fue el maestro Valenzuela figura omnipresente en todos los eventos nacionales concernientes al bienestar de los niños.

Pocas veces se tiene el privilegio de conocer a una personalidad en la cual se amalgaman de manera tan perfecta como en don Rogelio el talante tranquilo y una vitalidad desbordada; la serenidad de espíritu con una intensa pasión creativa. Jubilado de su jefatura de servicio y de su cátedra en 1972, asume de inmediato el cargo de coordinador para el área de pediatría, en la Facultad de Medicina. A él se le deben los programas actuales de enseñanza, coherentes y consistentes, uniformes en su espíritu y contenido. Después, su amor por los niños con desnutrición se plasma al promover él la creación del Centro Infantil de Rehabilitación Nutricional de la Cruz Blanca Neutral, institución que dirigió desde 1977 hasta el momento de su muerte. Siguió practicando los deportes, en particular el tenis, casi hasta el final. Y me cuentan que todavía en el viaje a su última hospitalización, conocedor sin duda de que sería el postrero, irradiaba optimismo e intentó tranquilizar a sus familiares, a la manera de todo lo por él hecho en el curso de su vida.

Con Rogelio H. Valenzuela se ha ido uno de los grandes de la pediatría. Su nombre lo esculpió él mismo en los cimientos de la medicina de los niños de México. Descanse en paz.